

Mtra. Gema Lozano y Nathal
CENTRO INAH VERACRUZ



Los viejos cuentos que explicaban las vivencias en las tierras africanas de origen, pasaron a América Latina y el Caribe con el nombre de cuentos del *Tío Tigre y Tío Conejo*. En ellos, se almacenaron jirones de la memoria colectiva de hombres y mujeres que, en calidad de esclavos, fueron obligados a ocupar aquellas tierras donde reelaboraron su pasado al contacto de nuevas creencias, costumbres y tradiciones, de acuerdo a las nuevas relaciones sociales a las que fueron sometidos.

A lo largo de cinco siglos (xvi-xxi), aquellos rasgos de identidad que se contenían en los cuentos a los que hemos tomado como metáfora, nos señalan lo que ha hecho diferentes a aquellos grupos humanos dentro del conjunto social al que fueron obligados a integrarse como parte de la nueva heterogeneidad social del «Nuevo Mundo».

Reflexionar sobre aquella identidad que con diferente intensidad, vía el mestizaje biológico y/o cultural, ha logrado cambiar valores e instituciones sociales a través de su permanencia en nuestro Continente y en el Caribe, es parte del ejercicio interdisciplinario que se lleva a cabo en el proyecto «Medicina popular y relaciones interétnicas» * Suscrito por Paul Hersch y quien esto escribe.

Al abordar el complejo problema de la identidad y de las relaciones interétnicas en sociedades como la nuestra: pluricultural y diversa, donde la población mayoritaria lo conforma una sociedad mestiza, que, a su vez, y dependiendo de sus componentes biológicos y culturales esenciales genera sus propios rasgos de identidad, nos dimos a la tarea de detectar las diferentes formas de expresión que estas puedan tener en una localidad: Medellín, estado de Veracruz, donde el mestizaje tiene como componente fundamental lo africano con la diversidad étnica que ello implica.

Para nuestro cometido destacamos uno de los rasgos de la identidad que se refieren a su capacidad para organizarse de una determinada forma y no de otra y, también, que esta capacidad está presente en todos los ámbitos sociales, incluido el de la medicina popular y tradicional.

Con respecto a la presencia africana se hicieron las primeras pesquisas históricas y étnicas sobre el Municipio de Medellín para documentar lo que es a «ojos vista» una realidad: una sociedad mestiza cuyo componente esencial fue la presencia africana. Sin embargo, lejos de allanarse nuestro camino se complicó, apuntando sobre dos cuestiones que han estado en el tapete de la discusión y que siguen siendo medulares: ¿Qué es en México lo africano? y ¿Cómo detectar los rasgos culturales que les corresponden, sin torturar la realidad de principios de siglo **xxi** para favorecer nuestra tesis?

En estos avatares me pareció oportuno tener la experiencia de observar y convivir en una sociedad caribeña, con la que compartimos una historia colonial y donde la presencia de origen africano se mantiene como su componente esencial. De esta suerte, se eligió a la República Dominicana por la circunstancia favorable de contar con el apoyo de la Dra. Celsa Albert Bautista, quien se involucró con generosidad y entusiasmo en nuestro proyecto de referencia.

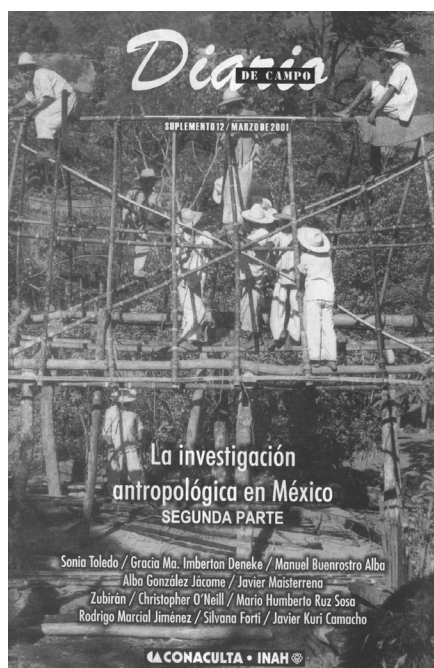
Durante cuarenta y cinco días se hizo el ejercicio de observar y seleccionar aquellos elementos sociales que nos aportaran motivos de reflexión para nuestro proyecto, sin perder de vista el diferenciado contexto cultural e histórico que a cada uno le corresponde, y que aunque parezca lo mismo no es igual.

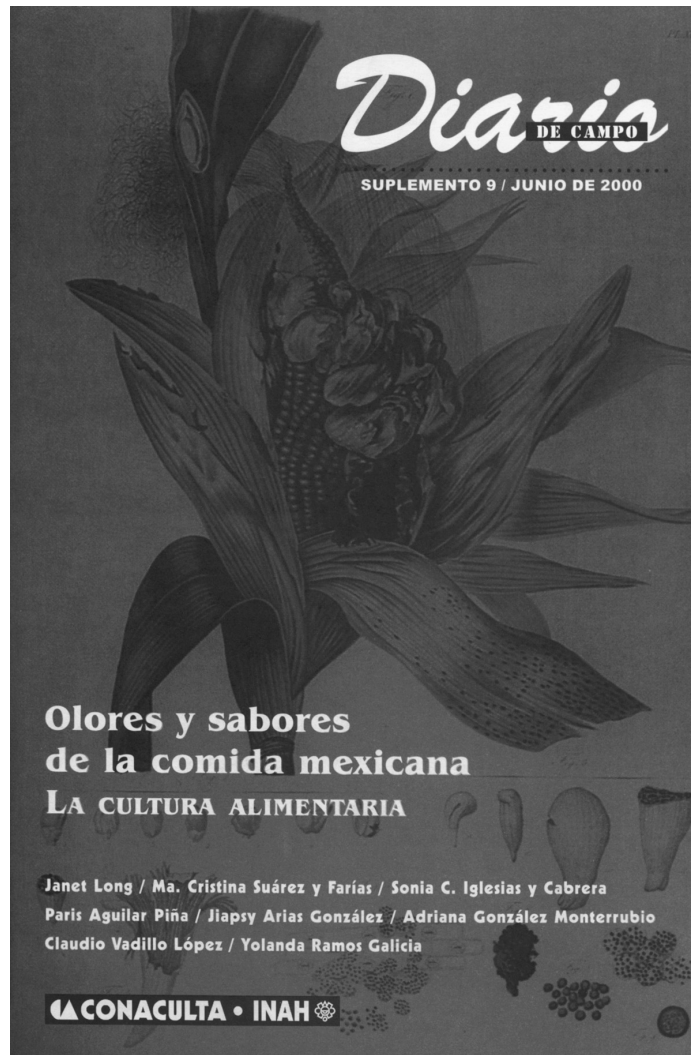
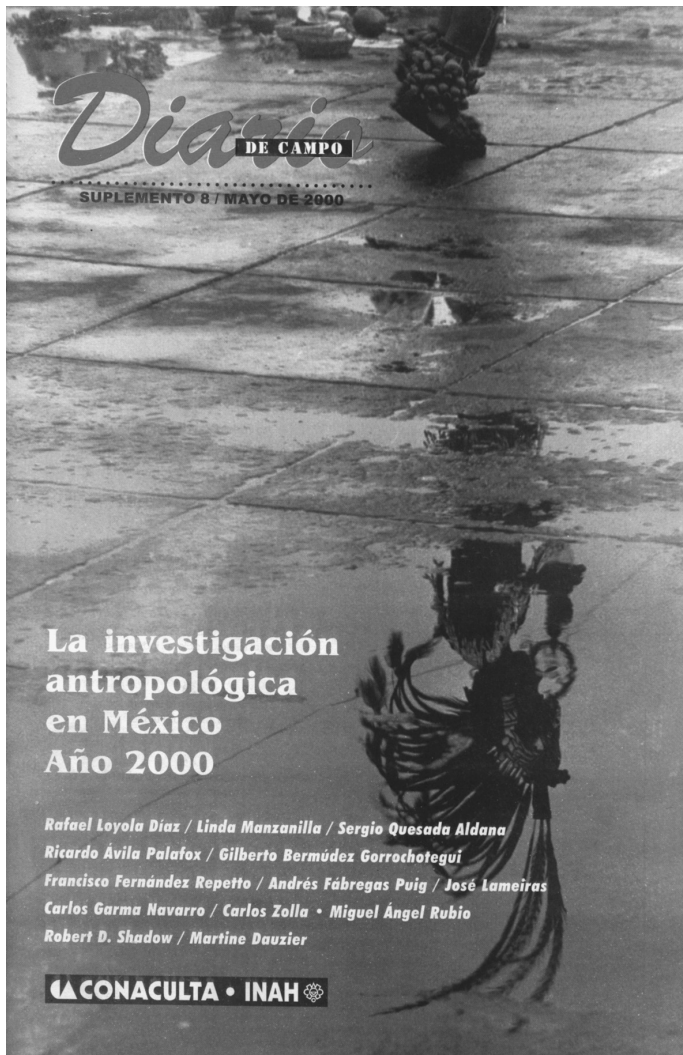
En república Dominicana se presencia el fenotipo africano con sus rasgos culturales determinantes, se ha mantenido de manera esencial pese a una ideología estatal y social que aún se niega a reconocer, de manera explícita, su origen y contra el cual un grupo de intelectuales bregan para demostrar lo contrario. En nuestro caso, Medellín, el origen africano de su mestizaje es soslayado para no detenerse en las diversas manifestaciones y peculiaridades de la construcción de la identidad local.

En este sentido, la construcción de la identidad étnica de una localidad como elemento de diferenciación pero también de asimilación o discriminación, depende del contexto social en el cual, históricamente, se ha desenvuelto. (Ianni, Friginals, Bastide). Pero, con respecto a esto, ¿conocemos el contexto histórico de aquellas identidades locales?

Evidentemente es una tarea que a principios del siglo **xxi** está aún por completarse bajo la luz de nuevos modelos de investigación cuya metodología permita que el conocimiento histórico - social de las comunidades, municipios o regiones, no quede en las esferas académicas como única meta, sino que también sea susceptible a utilizarse para motivar proyectos de desarrollo comunitarios con la idea de que a mayor información mejores decisiones para bregar contra la intolerancia y la discriminación económica y social que aún está vigente en el contexto de un capitalismo que pasa arrasando las diversas identidades para favorecer la concentración y centralización del capital.

Esta característica del capital no es nueva para los pueblos de origen africano que la han sufrido. Pese a ello, los cuentos del Tío tigre y el Tío conejo encontraron formas de resistir y salvaguardar, en ellos, su memoria colectiva. No obstante, en la actual fase del capitalismo «neoliberal y globalizado» que acentúa la circulación del trabajo-mercancía, se provoca ante todo la destrucción de lo colectivo con base en la exaltación de valores individuales como la competencia, productividad y supuesta diferenciación social, que, en realidad, encubren una concentración inusitada de la riqueza y por el otro, un mayor desempleo y





subempleo, es decir, ha reproducido y ampliado la pobreza obligando a amplios sectores de las poblaciones locales a desplazarse en busca de satisfacer sus necesidades más inmediatas y en este contexto, ¿cómo definir los elementos que constituyen la identidad en este período de globalización? y ¿cómo detectar si aún están vigentes los cuentos del tío conejo y el tío tigre?

El ejemplo más evidente es el que se refiere a la cultura laboral de sectores de jóvenes, entre 18 y 23 años de edad en promedio, que han crecido dentro del neoliberalismo y cuya expectativa económica los ha hecho buscar trabajo fuera de su lugar de origen o nación.

Las actuales generaciones de jóvenes en república Dominicana, ven en su africanía un color de piel que durante siglos ha sido sinónimo de subalterno y sujeto de discriminación y una condición que les ha limitado para obtener mejores ingresos monetarios y ubicarse, favorablemente, en la escala social: incluso, una de sus expectativas es viajar a Nueva York para obtener mejores ingresos por que: «Un negro con dinero deja de ser negro» y porque para una «mujer, pobre y negra» es una opción.

En Medellín, el mestizaje de raíz africana que dio por resultado «morenos agatados» (expresión popular) no encuentra la suficiente motivación para mantener a sus jóvenes en las localidades de origen y, cada vez, es más frecuente que éstos se vayan «p' al norte» a probar fortuna, y prevenidos de la discriminación de que serán objeto, están dispuestos a «aguantarse mientras juntan dinero».

Estas actitudes reflejan una cultura laboral que propicia que el individuo niegue o se resista a asumir determinados aspectos de su identidad para no entrar en conflicto con los nuevos valores que le son impuestos.

Por contra parte, existe una cultura familiar, cotidiana y comunitaria que pese a las condiciones adversas en que se desenvuelve, ha resultado eficaz para su sobrevivencia; en este sentido la tradición oral ha jugado un papel relevante: ella ha permitido guardar muchos aspectos de la tradición, costumbres, tipo de asociaciones e, incluso, el idioma que les otorga a las comunidades locales un sentido de identidad que al ser revalorados como complejos culturales, buscan contrarrestar el embate de la «modernidad» que les resta fisonomía propia para engazarlos al mercado de consumo donde, paradójicamente, son consumidos.

En México a partir de 1994, se ha vivido una «utopía movilizadora» (Castell: 316, 1999) que pone en el ojo del huracán el derecho al respeto de la identidad indígena y por extensión natural a la identidad local como abrevadero

donde adquiere sentido la vida y desde donde han de plantearse formas de desarrollo social a iniciativa de sus propios actores sociales.

Por supuesto, esto no implica un «chauvinismo de rancho» sino la posibilidad de reforzar una identidad individual y colectiva que dé forma a procesos de desarrollo acordes con su idiosincrasia.

Nuestra experiencia en República Dominicana, nos ha permitido palpar que en este cometido están inmersos amplios grupos de personas que, dedicados al quehacer social, buscan en el conocimiento etnohistórico los elementos que hacen diferente a la región latinoamericana y al Caribe, y, a través de ella, rescata formas de organización social que han demostrado su eficacia pese a las condiciones adversas que les ha impuesto el neoliberalismo.

* Para desarrollarse, específicamente, en dos regiones ribereñas de Gabón y México.